



EDICION GRANDE.

SE PUBLICA UNA VEZ A LA SEMANA.

En la Península e islas adyacentes. Por un año, 40 reales.—Por seis meses, 25.—Por tres meses, 15.—Por un mes, 6.
Ultramar y extranjero. Por seis meses, 60 rs.—Por un año, 110.

OFICINAS

CALLE DE SANTA CATALINA, 40, BAJO.

LA IGLESIA

PERIÓDICO POLÍTICO RELIGIOSO.

EDICION PEQUEÑA.

SE PUBLICA DOS VECES POR SEMANA.

En la Península e islas adyacentes. Por un año, 45 reales.—Por seis meses, 25.—Por tres meses, 15.—Por un mes, 6.
Ultramar y extranjero. Por seis meses, 60 rs.—Por un año, 110.
Cada 25 ejemplares de la edición popular costarán en la Península 4 1/2 rs., aumentando para Ultramar y el extranjero el importe del franqueo.
UN NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

PROSPECTO.

Ahora que empieza la luz á vislumbrarse por en medio de las tinieblas producidas por rancias preocupaciones y mal fundados escrúpulos, ahora que la antigua organización política de la Iglesia en esta Península está próxima á sufrir importantes transformaciones como ya ha sucedido en Francia, Bélgica, Italia y mas recientemente en Austria; ahora que en España vemos gravemente amenazada la unidad católica, causa tal vez la única desde los Reyes Católicos, del espíritu compacto é indestructible de nacionalidad que une á todas sus provincias; ahora que el voto del pueblo va á designar los hombres que han de constituir nuevamente á España, teniendo en cuenta las necesidades creadas por la fuerza progresiva del tiempo; ahora, pues, tenemos nosotros la pretension de fundar un periódico que defendiendo siempre la sublime y augusta verdad católica, y ayudando á sostener intacta é incólume la santa doctrina y los sagrados derechos de la Iglesia, sin militar en ningún partido, combata sin tregua las interesadas exigencias de unos y las ignorantes ó malévolas sugestiones de otros.

No se nos tache por esto de pretenciosos. Confesamos nuestra pequeñez; pero manifestamos nuestro buen deseo confiados solamente en aquel que todo lo puede. Somos católicos sinceros, y defendiendo en este país tan sublime creencia, al mismo tiempo que satisfacemos una necesidad de nuestro espíritu, creemos dar á los españoles, que por tantos títulos nos son simpáticos, una prueba de que amamos su patria, sus glorias, sus tradiciones, sus letras, sus artes, su cultura y su civilización.

Cumplimos además con nuestro deber de sacerdotes. La vida del sacerdocio es la acción continua y el trabajo incesante encaminados al verdadero bien, si no se quiere hacer traición á la santa tarea, y exponerse al desprecio de los hombres y al castigo del eterno Melchisedech, del divino fundador. ¡Ay del sacerdote que, según sus propias fuerzas, no contribuya al bien general de la familia católica! No basta la santidad de la vida; el siglo exige imperiosamente otros méritos, otros sacrificios. Allí donde el clero con el ejemplo, la pluma, la palabra defiende la causa del Señor, allí donde incesante en su tarea siembra la incomparable semilla evangélica, allí se obtiene abundante recolección de virtudes, y el triunfo de la Iglesia es seguro.

La idea religiosa, pacífica y leal que nos anima, tiene por norte mas que el bien social de este pueblo católico.

Nosotros no pertenecemos ni nos unimos á ninguno de los partidos que se disputan el poder del mundo. Nuestros deseos se encaminan á un objeto mas elevado; nuestras esperanzas se cifran en resultados de mas general trascendencia. Aspiramos á una revolución mas afortunada y mas permanente; al verdadero triunfo de la libertad y de nuestra religión, hermanas augustas nacidas gemelas al pie de la Cruz.

Reunir en un solo punto la libertad y la religión; llamar á estos elementos de regeneración social á concentrarse y unificarse en una comunidad de vida; reavivar en el ánimo del clero y del pueblo el culto de la pura doctrina y de las sanas tradiciones, tal es el plan que nos hemos trazado.

No esperando ni queriendo nada de nadie, tanto por nuestra calidad de extranjeros como por nuestro carácter independiente, censuraremos siempre con energía lo malo, venga de donde venga, y aplaudiremos lo bueno sin reserva de ninguna clase.

Católicos por sentimiento y por convicción, no nos escudaremos con tan augusta palabra para dirigir impunes nuestra crítica á los que militan en los distintos partidos políticos en que están subdivididos los españoles. Preocupándonos poco ó nada las varias formas de gobierno, porque con todas creemos que puede conseguirse el bien social si sus principios son desinteresadamente observados, nos

fijamos solo en el fondo de las cosas, en la verdad, en la justicia, en la moral y en las costumbres.

Impávidos en nuestra marcha y fija la vista en el objeto de esta publicación, no nos detendremos á rebuscar brillantes frases ni giros caprichosos que embellezcan nuestros escritos; pero si procuraremos con todas nuestras fuerzas, que en nuestras doctrinas resalte la mas estricta moralidad, en nuestros juicios la imparcialidad mas severa, y en nuestras conclusiones la mas profunda sensatez.

Vamos ahora á bosquejar los principales asuntos en que mas inmediatamente nos ocuparemos.

La Virgen, después de Jesucristo, es la mas noble y la mas divina figura de la Iglesia; es el lazo que une el antiguo con el nuevo testamento; es la corredentora del género humano. Es pues imposible establecer diferencias entre el culto que rendimos á la Virgen y el que tributamos á su Hijo: su gloria es solidaria como es idéntico su objeto. No se oculta por consecuencia á nuestros lectores que frecuentemente lemos de hablar de Maria en el periódico que fundamos.

Atraer á los fieles al altar de Maria, es acercarlos á Jesucristo, á su divina esposa la Iglesia, á la religión católica, única verdadera, única eterna.

Porque al escribir la historia de la Santa Virgen, al cantar sus heroicas virtudes, al hacer ver cómo esta privilegiada criatura colmada de gracias por el Creador es, desde su inconmensurable altura, la abogada y protectora de la Iglesia militante, al enumerar sus prodigios y en caso necesario discutirlos y defenderlos, al reunir á su alrededor las tradiciones tan bellas como interesantes de Oriente, pintando los lugares santificados por su presencia, al recorrer con nuestros lectores todos los principales santuarios que le están consagrados en ambos mundos, al estudiar todo lo que se refiera á su culto, á sus fiestas, á sus templos y á sus imágenes, al procurar como nosotros procuraremos que esto lo sepa todo el mundo, los ignorantes como los sabios, los pobres como los ricos, no se empequeñece al hombre, antes, por el contrario, se le engrandece, haciéndole fuerte contra los sofismas, y se le eleva enseñándole á conocer y á practicar el bien.

Predicando las excelencias de Maria en este bello reino de España, sometido á su augusto y poderoso Patrocinio, y que por antonomasia Reino de Maria se llama, no solamente creemos ser agradables á todos los católicos españoles, que tienen una particular devoción á la Virgen, sino que esperamos que Ella, la Todopoderosa, bendecirá desde lo alto del cielo nuestros trabajos, nuestros esfuerzos y la pureza de nuestras intenciones.

La fuerza corruptora de algunos libros y de una parte, poco numerosa por fortuna, del periodismo, empieza á inundar la España, y elaborándose el veneno cada día, es cada día absorbido en pequeñas dosis por los lectores menos ilustrados. Solo de este modo puede explicarse el decaimiento de la fé, la relajación de las costumbres, la decadencia gradual de la inteligencia.

El espíritu de las masas estraviado por falsas historias y por afirmaciones gratuitas, no es un mal menos grave para la sociedad, pues gracias á la fascinación de una literatura ligera, pronto no sabrán distinguir el bien del mal, el error de la verdad.

No se crea por esto que nosotros nos oponemos á la libertad de imprenta que por ahora se disfruta en España; pero si deploramos los abusos que á su sombra se cometen, y nos creemos en el deber de escitar á todos los buenos católicos para que, dada la situación actual, se unan contra los prevaricadores que por medio de periódicos, folletos y traducciones de obras extranjeras, pretenden con grandes esfuerzos hacerse imitadores de la orgullosa ligereza que distingue á los partidarios de Voltaire. Nosotros combatiremos incesantemente contra estos enemigos de la religión, y nuestros por consecuencia. Nosotros combatiremos con energía, pero no con el lenguaje del sarcasmo y de la injuria que

les es tan familiar, sino con el de la razón y el de la caridad.

No seria completo nuestro plan si no pensáramos llamar tambien la atención de nuestros lectores hacia el respeto y veneración que en todos tiempos se ha tenido á la Roma pontificia, á esa Roma tan poco conocida y tan calumniada por la malicia de algunos como por la ignorancia de muchos. Nosotros, que la conocemos desde muy niños la estudiaremos ahora en todas las fases de su vida apostólica; la seguiremos asimismo en las manifestaciones de su vida monástica, allí donde la piedad y la ciencia se ven unidas en dulce é íntimo consorcio; haremos ver en España toda su virtud nacida á la sombra del santuario; la encontraremos en sus numerosas congregaciones ó hermandades, y en sus religiosos retiros, en los que apartados del mundo muchos príncipes y grandes de la tierra, solo trabajan en procurar aliviar la suerte de infinitos desgraciados. Recorreremos aquel vasto campo donde la caridad cristiana se desenvuelve bajo tantas formas, y penetrará con nosotros el lector en los silenciosos claustros y magníficas bibliotecas donde la piedad laboriosa é inteligente ha reunido todos los secretos de la ciencia. Pondremos muy especial empeño en dar á conocer por medio de curiosas y detalladas descripciones, las augustas ceremonias que con gran fastuosidad y lucimiento se celebran en Roma, y en las que toman parte el Papa, el Sacro Colegio y numerosos Prelados; trabajo en el que los católicos todos hallarán amena instrucción al par que consuelos inefables.

El relato y la explicación de estas solemnidades nos conducirá naturalmente á otro estudio que será tan interesante por su novedad como por su erudición. Publicaremos los privilegios y atribuciones de todas las dignidades de la Iglesia católica que rodean el trono pontificio y que en mayor intimidad se hallan con la augusta persona del sucesor de San Pedro. Y no concluiremos nuestro trabajo sin publicar tambien varios minuciosos estudios de las gerarquías de nuestra sacrosanta religión, empezando por el Papa y concluyendo por el mas humilde presbítero.

Por último, el folletín del periódico LA IGLESIA será siempre una obra eminentemente útil y necesaria á nuestros lectores. La primera que pensamos publicar es *Roma y los Papas*. El título por sí solo dice lo bastante, y nos releva de hacer sobre su importancia comentarios de ninguna clase.

La publicación que emprendemos es, pues, como por lo expuesto se ve, grande y saludable. Nosotros dedicaremos á ella todos los esfuerzos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, porque comprendemos su utilidad y sus beneficios; pero para que nuestro trabajo no sea estéril, necesitamos la protección del cielo, el patrocinio del episcopado español y el concurso de nuestros hermanos en el sacerdocio y de todos los católicos de corazón.

Estas son las ideas del fundador del periódico LA IGLESIA y este el objeto que se propone, esperando merecer la benevolencia del público.

La abundancia de materias y el deseo que tenemos de que nuestros trabajos no pierdan su interés de actualidad, nos obliga á retirar hoy el folletín que hemos prometido en nuestro prospecto, pero se publicará sin interrupción desde el número próximo. Lo mismo decimos respecto á los artículos relativos á la Virgen y á las gerarquías eclesiásticas.

Suplicamos á nuestros amigos y favorecedores que hagan circular este primer número de nuestro periódico que remitimos gratis á todos. Advertimos al mismo tiempo á los que deseen suscribirse que nos escriban directamente manifestándonos sus deseos, ó que se dirijan lo antes posible á nuestros correspondientes en la respectiva provincia, á fin de poderles remitir sin demora el segundo número que solo se enviará á los que lo hayan pedido.

LA IGLESIA CATÓLICA.

En esa Roma que por la fuerza de las armas y de la altivez llegó á tal grado de esplendor que redujo á su yugo á



casi todos los pueblos de la tierra y cuyo estravagante politeísmo reunió en su famoso panteón á todos los dioses falsos y mentirosos, en esa Roma, de la cual se puede decir con razon que el sol nunca la iluminó, ofreciendo el mas extraño conjunto de grandeza y poder, de disolucion en las costumbres, de impiedad en su culto, de tiranía en su libertad, á esa ciudad, digo, se dirigió el apóstol Pedro, galileo ignorante, menospreciado, pobre pescador, dotado de medios ordinarios, pero cuya alma era eminentemente valerosa y enérgica.

Esto tenia lugar en la época en que habia tocado el centro del mundo á aquel Claudio, verdadero receptáculo de estupidez, barbarie é impiedad. En Roma, pues, en la capital del mundo conocido, en esa ciudad que reunia en su seno muchos millones de vivientes, y no en un rincón oscuro y desconocido, sino á los ojos de todos, el Apóstol desplegó el estandarte de esa cruz, infamante en Judea, horror de los gentiles, oprobio del mundo, y empezó á confesar á Jesús crucificado. Allí se hizo casi el dominador del mundo, y quiso establecer perpétuamente, para sí y sus sucesores, la Silla sagrada, la cátedra del vicario de Jesucristo, el signo de la redención: la cruz. Como lo deseó así se hizo.

En ese momento Roma, de reina que era del mundo pagano, llegó á ser la reina del mundo cristiano, y en vez de la gloria de un imperio universal, objeto de su ambicion con sus Césares y sus innumerables legiones, fué con la sede venerada del vicario de Cristo, el centro de la Iglesia católica, de esa Iglesia cuyos confines son los del mundo y cuya duracion será la de los siglos.

Allí, sobre esa sede apostólica, en el espacio de cerca de diez y nueve siglos, se sucedieron uno á otro (sucesion admirable, y que excede á toda creencia humana) 218 pontífices, príncipes de los obispos, padres y dueños de los pueblos, jueces sin apelacion, soberanos mediadores, sacerdotes supremos, vicarios del jefe invisible de la Iglesia, Jesucristo, que durante este tiempo gobernaron el mundo católico.

Desde esta Silla apostólica, la Iglesia vió levantarse, debilitarse y al fin caer reinos é imperios, que orgullosos de su ciencia y de su valor parecia que durarian eternamente: vió tantas cosas humanas, aunque sostenidas y protegidas por la autoridad de los príncipes, por la cooperacion de los sabios, por el amor de los pueblos, pasar súbitamente de la prosperidad á la última miseria, estenderse y caer en el olvido, y ella, no obstante, sin estar sostenida ni ayudada de nadie, sino al contrario, aborrecida, menospreciada, atacada, calumniada, perseguida hasta el martirio, se mantuvo constantemente firme é inmutable en medio de los escombros de los imperios desplomados, de las ciudades destruidas, siempre victoriosa de sus enemigos, que han desaparecido y caído en el olvido, siempre gloriosa y alcanzando nuevos triunfos. Nada en el mundo puede probar de una manera mas evidente la omnipotencia de la virtud de Cristo.

Sí, siempre sobre esa Silla apostólica se mantuvo firme y segura en los combates, que ha sostenido siempre directa ó indirectamente contra hombres que pretenden ser los ministros de aquel que se rebeló el primero contra Dios.

En gloria y triunfo de la Iglesia redundan las implacables persecuciones de los potentados, testimonio poderoso y sublime de su inquebrantable firmeza, atestiguada por millares de mártires de todas edades y condiciones.

En su gloria y triunfo redundan las sofisticas invectivas de los filósofos, que no hacen sino probar la superioridad de la ciencia de sus doctores.

En su gloria y triunfo redundan las vanidosas declamaciones de los retóricos que permiten á sus Padres desplegar su alta elocuencia.

En su gloria y triunfo redundan la obstinacion de los herejes, que demuestran manifestamente el génio superior de sus teólogos.

En su gloria y triunfo redundan las depravaciones de los sectarios del naturalismo, á las que opone la santidad de su moral en millares de vírgenes de una vida pura y angelical.

En su gloria y triunfo redundan los artificios de la pretendida civilizacion, porque con razon se muestra orgullosa de los infalibles modelos de moral que ha producido, únicos que pueden elevar las naciones al verdadero perfeccionamiento, á la verdadera prosperidad, á la verdadera grandeza.

En gloria y triunfo suyo redundan las contradicciones, las insinuaciones, las emboscadas, las traiciones, los asaltos de toda clase de que es objeto, porque se sirve de todas las armas defensivas de la paciencia y de la calma, y prueba abiertamente que es la columna inmóvil de la verdad, que no se gobierna por medios humanos, sino por sobrenaturales y constantes acciones del Señor que lo ve todo, y con el poder del cual las naciones son dispersadas y los montes eternos allanados.

Solo la Iglesia católica es verdadera, y por lo mismo se ve espléndidamente adornada con las bellezas de la verdad; y es una, inmutable, invencible y universal.

Y porque es sola, fuerte por sí misma, con ese poder de verdad de que está llena, la Iglesia católica se atrae de todos los rincones del mundo, del Oriente y del Occidente, de las regiones del Setentrion y de las del Mediodía, las miradas, la admiracion, el respeto, el amor de todos aquellos cuya inteligencia no está estraviada por las perversas afecciones del corazón.

Solo la Iglesia romana es la verdadera, y por esa razon todos los instrumentos de la iniquidad, todos los pérfidos propagadores de cismas, todos los adversarios de la razon humana, todos los atrevidos sectarios de Lucifer, en sus ac-

tos como en sus discursos y sus escritos, están unánimemente conjurados contra ella, para combatirla con todas sus fuerzas reunidas.

Pero en vano; el mismo Dios que ha dicho al mar: *Aquí llegarás, no pasarás mas allá, y aquí se detendrá el orgullo de tus olas*, dice lo mismo á esos espíritus dañados: *mi Iglesia será combatida y jamás vencida: subsistirá siempre, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella; siempre de las opresiones se levantará mas poderosa, mas radiante, mas bella que nunca, y toda la tierra llena de alegría repetirá del uno al otro polo del mundo el cántico de Moisés:*

Cantemus domino gloriose enim magnificatus est.

ESPAÑA, ASOMBRO DE EUROPA.

«Europa nos contempla atónita»—Este grito, lanzado por el espíritu de jactancia que tan perjudica al carácter, por otra parte envidiable, de los españoles, esta exclamacion en que prorrumpen los optimistas y los amigos interesados del gobierno, solo pudo parecer sincero y natural en los primeros momentos de la revolucion. Pero los que no nos formamos ilusiones, los que no examinamos los sucesos por el prisma de la pasion, ni con la preocupacion de partido alguno, estamos plenamente convencidos de que á pesar de su admiracion á la reciente revolucion de España, Europa se contenta ya con mostrarse espectadora, cuando menos indiferente, de la conducta mas ambigua y contradictoria que ha podido observar jamás gobierno alguno.

Europa ve con efecto en las agas de Cádiz á una parte de la marina española, mandada por hombres de la situacion pasada, enarbolando sobre las mirallas de aquella heroica ciudad el estandarte de la revolucion al solo grito de *libertad*, el cual estalla con la prontitud del relámpago, se dilata por los ámbitos de la Península, resuena en todos los corazones, amalgama entre sí los heterogéneos partidos políticos, aterra á los menguados ministros del gobierno que cayó por su propio peso, ahuyenta á la dinastía reinante, y destruye un trono cuyo pedestal se apoyaba en los sangrientos cadáveres de sus actuales enemigos.

Contempla además Europa á los individuos del gobierno provisional, esforzados en las armas, ó distinguidos en la república de las letras; los juzga animados quizá por un generoso sentimiento de patriotismo pero ve al propio tiempo que desconocen el difícil arte de gobernar una nacion necesitada de reformas profundamente radicales y de una libertad sin límites, que niega, sin embargo, á degenerar en licencia. Observa Europa que el militarismo triunfante se constituye en regenerador de la patria y en nombre de la soberanía nacional erige decretos sin número, forja proyectos irrealizables, deja subsistentes antiguos abusos, plantea otros nuevos, crea sin necesidad alguna un ejército de oficiales, cual si tuviese armados millones de hombres, y una milicia nacional compuesta de gente desconocida, separa de sus destinos á algunos y beneméritos empleados y los confía á personas que no tienen mas títulos que la ociosidad ó la ineptitud; dando lo cual resulta que se perpetúan las arbitrariedades, que el sistema de administracion va empeorando de dia en dia, y que el déficit de 1868 se eleva á la enorme suma de 300 millones de reales.

Alarmase por otra parte la Europa al ver un gobierno envuelto en continuos misterios políticos, que se muestra á la vez conservador y revolucionario, escéptico y católico, aristocrático y popular, absolutista y republicano; que se exhibe al medio de las plazas y de la multitud para que, ni designa persona alguna que la represente, aunque dejando traslucir su deseo de colocar á un extranjero en el trono, lo cual sería la mayor desventura, el castigo mayor que pudiera imponerse á la nacion.

Europa ha recibido con sorpresa el empréstito de dos mil millones, á que han contribuido casi á la fuerza algunos españoles, y respondido con una solemne carcajada los extranjeros: escándalo que no se atrevió á cometer el mismo Garibaldi cuando expulsaba á los Borbones de Nápoles; ni jamás se hubiera atrevido nadie á abusar con mano sacrilega de la caja de Depósitos, obligando á los imponentes á recibir en vez de su dinero allí depositado, los bonos del famoso empréstito, que todas las plazas de Europa tuvieron la dignidad y el buen sentido de rechazar. Pena nos cuesta confesarlo; pero el movimiento de Cádiz dirigido con mas acierto y mas patriotismo, no hubiera dado los funestos resultados que hoy estamos tocando, la miseria general en el interior y el descrédito en el extranjero.

Ni puede menos de reírse Europa al ver la imposible reforma de la tasa personal, destinada á reemplazar á la antigua contribucion de consumos, con la cual se ha querido imitar sin duda la ley judaica de la capitacion, que no deja de ser un progreso en los tiempos que alcanzamos.

De la coalicion de todos los partidos políticos del país, fuerte para destruir, mas no para edificar, ha resultado uno nuevo, antes desconocido, el partido republicano: consecuencia necesaria de una oposicion ambiciosa é interesada, falta de sensatez y patriotismo; forma de gobierno que tiene siempre su origen en la injusticia ó estupidez de los gobernantes, y en el descontento del pueblo, que suspira sin cesar por su redencion y clama por la disminucion cada vez mas beneficiosa de los tributos.

Europa ve con escándalo que una gran parte de la prensa periódica española, en vez de ser el órgano de la verdad y la

guía y maestra del pueblo, defendiendo con absurdos sofismas que repugnan al sentido comun, los actos y providencias de un gobierno que ignora ó menosprecia los verdaderos intereses públicos. De aquí nacen las erróneas doctrinas que á voz en grito se proclaman á todas horas, como si fuesen la panacea universal que ha de curar cuantos males afligen á la nacion. El remedio es muy sencillo: no tienen otra cosa que hacer que reducir los gastos del culto, establecer el matrimonio civil, efectuar la separacion de la Iglesia y el Estado, y otras reformas por el estilo, y España será dichosa; utopías que no sabemos si son hijas de la ignorancia ó de la malicia.

Europa no sabe explicarse por qué destino fatal, en las circunstancias mas favorables que han podido ofrecerse á revolucion alguna, sin oposicion de dentro ni de fuera, no se haya presentado en España un hombre que exponiendo al país y al mundo entero la tristísima situacion de su patria, y procurando conciliar la libertad con la economía, no haya tratado de reducir de una vez el número de las provincias, y por consiguiente el de los empleados que absorben una gran parte de sus productos; de aumentar y proteger la marina, con especialidad la mercante, como medio de riqueza y seguridad para una nacion rodeada en su mayor parte de mares; de disminuir el ejército, dándole que no amenaza ninguna invasion extranjera, creando una guardia nacional de personas honradas, laboriosas y de responsabilidad, que fuese la verdadera garantía del orden en un pueblo que se llamaba libre; de suprimir multitud de instituciones, que son otras tantas rémoras y anomalías en nuestro siglo; de captarse por fin la simpatía y gratitud de este pueblo, rebajando las contribuciones, aboliendo las quintas y la esclavitud, y fomentando por todos los medios posibles la prosperidad de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes. Solo un gobierno revolucionario era capaz de tanto: ni la Cortes ni un rey, cualquiera que sea, podrian hacer mas que agravar el mal; lo que á estas horas no se ha realizado ya, difícilmente podrá lograrse en lo sucesivo.

Tampoco puede persuadirse Europa de que los caudillos de este movimiento, obedeciendo á la funesta inspiracion del Polignac de España, despues de expulsar del trono á un príncipe inocente, su sucesor legítimo, por los delitos y torpezas de su madre, pretendan sentar en él á un hombre procedente de una familia que vive como réproba en las páginas de la historia, por haber sacrificado á su ambicion y á sus intereses millares de víctimas humanas; hijo de una nacion que no puede menos de recordar á los españoles injustas usurpaciones por una parte, por otra violencias y desafueros; vástago del llamado *rey de Julio*, de Felipe Igualdad, del regente de Francia, todos ellos ingratos, todos usurpadores; pariente de la misma persona á quien trata de sustituir, cifrando en los vínculos que rompe y da al olvido la justicia y derecho de sus pretensiones, y que si hoy hace de España su patria adoptiva, es porque así conviene á sus miras interesadas, y para recobrar de alguna suerte el oro que por primera vez ha derramado con mano pródiga.

Europa no puede mirar con indiferencia el porvenir de una nacion que fué tan grande, y que todavía cuenta con elementos para recobrar su esplendor y poder antiguos, y las ambiciones, las rivalidades, el egoísmo y la desidia habitual, que frustran las felices disposiciones de su pueblo, se convierten en sentimientos de generosa abnegacion y patriotismo.

Tiempo es aun de reparar los pasados males; pero no es permisos el remedio de las Cortes ni de un nuevo rey. Por desgracia todos conocemos los servicios que han prestado al país muchos representantes del pueblo. Liberales y hom- *que blasonaban de ideas independientes antes de estar en vestidos del carácter de diputados, tardaban poco en someterse al poder, con la esperanza de obtener cruces, empleos, títulos y beneficios; y si alguna fraccion verdaderamente generosa y libre alzaba su voz desde los escaños de la oposicion, un calabozo ó el destierro le imponian al fin silencio en castigo de su osadía. Hemos visto á una señora, casi niña, alzarse en medio de torrentes de sangre española sobre las ruinas del pueblo y de los partidos, y hemos visto á la nacion pasar por una serie de lamentables equivocaciones, por otra no menos funesta de mas de quinientos ministros que malbarataron los bienes nacionales, patrimonio, no de pobres, á quien debieran haber servido, sino de especuladores y ricos aventureros, dejando las arcas del Tesoro con déficit espantoso, origen, como hemos dicho, de la miseria general del país y de nuestro descrédito en el extranjero.*

La historia es el testimonio de lo pasado y la consejera del porvenir. Libres todavía del obstáculo de una representacion nacional, á la cual aspiran ya con la mayor impudencia hombres oscuros ó desconocidos, libres tambien del despotismo de un rey extraño, tiempo es de cicatrizar las heridas abiertas por las pasadas perturbaciones, y fundar un nuevo edificio sobre firmes y estables bases. Poco importa la forma de gobierno; lo que conviene es establecer sólidos cimientos que nadie se atreva á destruir, siempre que sobre ellos se levante la obra de nuestra regeneracion política y social, que labrará para siempre la felicidad de España.

Sacerdotes é italianos no podemos permanecer indiferentes con respecto á los destinos del clero y del pueblo español. Los lazos del sacerdocio y de nacionalidad, como ministros de la misma Iglesia católica é hijos de naciones hermanas, nos obligan, aun contra nuestros deseos, á ocuparnos algun tan-

